



José Miguel de Barandiarán, 94 años, pionero de las excavaciones arqueológicas en el País Vasco y figura clave de la antropología.

JOSÉ MIGUEL DE BARANDIARÁN

“Lo que más falta hace aquí es la paz”

Autor de más de 250 libros, folletos y monografías en *euskera* —su lengua madre—, castellano, francés y alemán sobre investigaciones arqueológicas y etnográficas, entre los que sobresalen la *Mitología vasca*, *El mundo de la mente popular vasca* o la *Historia comparada de las religiones*, José Miguel de Barandiarán ha contribuido más que nadie a dar a conocer la imagen del hombre vasco, alejado, a su juicio, del arquetipo que de él se tiene en la actualidad. Barandiarán, quien, junto a Telesforo de Aranzadi, fue el pionero de las excavaciones arqueológicas en el País Vasco, considera que en Euskadi “la paz hace más falta que en ningún otro sitio”.

Texto: Carmelo C. Ridruejo

Fotos: José Luis Larrión

Dariamente, y por espacio de hora y media, una figura pequeña, vestida con una raída sotana negra y cobijada bajo la tradicional *txapela* vasca, recorre a pie, a sus 94 años, los montes que rodean Ataun, villa guipuzcoana próxima a Navarra. Es difícil creer que detrás de esa solitaria silueta que anda con paso sorprendentemente ágil para su edad, encima de cuyos hombros se sostiene una bufanda de lana de color negro, como no podía ser menos, esté el patriarca de la cultura vasca, José Miguel de Barandiarán Ayerbe, un sacerdote guipuzcoano abstemio, alérgico al queso, antropólogo de ejemplar trayectoria humana y científica, que confiesa, esbozando una pequeña sonrisa, haber vivido desde los 25 años bajo el dominio de una úlcera. “Acaso sea que por esta dolencia me haya cuidado mucho, lo que me ha permitido trabajar sin interrupción”, afirma Barandiarán, una persona reconocida internacionalmente por sus trabajos en arqueología y etnografía, a través de los cuales ha contribuido más que nadie a dar a conocer la imagen del vasco rural. Mientras, aquí se le ha negado el pan y la sal, llegándose a calificar sus descubrimientos, en la década de los años veinte, por el rector del seminario de Vitoria, de “mamarrachadas”, cuando no con otros epítetos. Incluso, como consecuencia de sus estudios sobre el País Vasco, ha llegado a tener en la Dirección General de Seguridad del Estado una ficha policial por sus supuestas simpatías “judeomasónicas-rojoseparatistas”.

Pero, al fin, y tras muchos años —17 de ellos “comiendo el amargo pan del exilio”, recuerda con tristeza, al tiempo que se remueve con incomodidad en una silla de madera—, Barandiarán, una autoridad mundial en el terreno de la antropología y la

etnografía, ocupa el lugar que le corresponde y que tan injustamente se le ha negado durante tanto tiempo. De él, Julio Caro Baroja ha dicho públicamente: “He aquí un verdadero maestro. Un ejemplo a seguir. Si algo bueno he hecho en la vida es esto: seguirle”.

Este sacerdote, que tuvo como lengua madre el *euskera*, aunque casi al mismo tiempo, y de modo obligatorio, tuvo que esforzarse por aprender el castellano y el latín, podía haber sido un respetable agricultor, ganadero... o un venerable párroco de alguna villa rural guipuzcoana, quizá de la misma Ataun, donde nació un 31 de diciembre de 1889. Sin embargo, no fue así desde el momento en que le dijo a su madre, María Antonia Ayerbe —uno de cuyos abuelos era primo del general carlista Zumalacárregui—, que quería ser cura. Y de ello hace ya más de 80 años, cuando vivía con sus padres, Francisco Antonio y María Antonia, y sus ocho hermanos: José Antonio, Manuela Antonia, Josefa Antonia (carmelita descalza), Micaela (sierva de María), Pedro Ignacio, María Bautista (carmelita descalza), José Ignacio y Eduardo, en el caserío donde nació: *Perune Zarra*.

José Miguel, el más pequeño de los hermanos, es el único que queda de la extensa familia. Vive actualmente con una sobrina en Ataun, de donde apenas si sale, excepto, como él dice, para acudir a los compromisos con unos y con otros, y donde trabaja más de ocho horas al día “o a veces menos, si tengo visitas como ésta”, comenta, riéndose. Todos los días se levanta a las siete de la mañana, toma un zumo de naranja y, seguidamente, inicia sus rezos. Después, a las ocho, escucha en la radio las primeras noticias de la jornada, unos minutos para la me-

ditación —“en definitiva, pensar qué somos, para qué estamos aquí”—, y a la iglesia, a celebrar misa en *euskera*. Vuelve de nuevo al caserío, desayuna —“un vasito de leche, un poco de mermelada y, en ocasiones, algo de fruta fresca”— y después a trabajar hasta el mediodía, en la cocina si es invierno, “porque no tenemos bastante calefacción”, o en un despacho atestado de libros, fotografías, así como de numerosas placas, producto de los 40 homenajes recibidos hasta el momento, si es verano. Tras la comida descansa un rato —“no duermo la siesta”, puntualiza— hasta que comienza el telediario. Cuando éste concluye, sale al monte a caminar, aunque cuando llueve no puede hacerlo y se tiene que conformar con andar por la casa o recorrer los casi cien metros que separan la vivienda de la carretera. “Estoy una hora y media y regreso a seguir trabajando. Hacia las cinco y media de la tarde tomo un vasito de leche y sigo con mi labor, que interrumpo nuevamente a las siete para cenar y rezar el rosario. Vuelvo de nuevo a trabajar hasta las diez, hora en que me acuesto”.

Los mismos lugares que ahora recorre con paso ligero y decidido constituyeron para él, hace muchos años, sus parajes preferidos para jugar con sus compañeros. Sus primeros tiempos transcurrieron entre la monotonía de la escuela, las labores domésticas, los rezos del rosario, que nunca ha abandonado, y las lecturas de vidas de santos. “La escuela”, comenta Barandiarán, “al principio, no me gustaba mucho, no. Creo que se debía a que en ella se impartían las enseñanzas en castellano, lengua que en el pueblo sólo sabían, por aquel entonces, los curas, ya que se pensaba que el vascuence era un estorbo para el desarrollo cultural de las personas. Así, se nos obli-/PASA A PÁG. 12

VIENE DE PÁG. 11/gaba a memorizar y memorizar infinidad de conceptos en castellano, cuyo significado nosotros desconocíamos totalmente". No es, pues, de extrañar que aún hoy día José Miguel de Barandiarán recite de memoria y sin ninguna dificultad párrafos enteros de las *Fábulas*, de Samaniego, o de *El Quijote*, de Cervantes.

El sacerdote guipuzcoano recuerda de esta época el hecho de que, al estar prohibido el uso del *euskera*, el maestro castigaba a quien lo utilizase, y para ello se valía de los temerosos escolares. Al comienzo de cada semana entregaba un anillo a un alumno. Éste le pasaba el comprometido objeto al primero que sorprendiese hablando el idioma prohibido, y éste, a su vez, trataba de desprenderse de él. Cuando llegaba el sábado, el alumno que tenía en su poder el fatídico anillo era severamente castigado por el maestro.

A los 14 años, Barandiarán deja la escuela para seguir el camino del sacerdocio, vocación que decidió de manera muy personal y tras meditarlo durante mucho tiempo, según confiesa. Esta llamada a la carrera eclesial arranca desde que, en sus primeros años, cantaba en el coro de la iglesia, "y aquello de ser cura, la verdad, no me parecía mal. Un buen día se lo dije a mi madre, y ella me contestó: 'Difícil cosa has elegido, pero si quieres, será'". Así, en 1904, ingresa en la preceptoría de Balarraín —"me cobraban cinco reales al día, mientras que a los demás, seis, porque no bebía vino, sólo agua y leche"—, donde realizó los tres primeros cursos de latín. En estos años continúa todavía teniendo problemas para el estudio de los textos escritos en castellano. No obstante estas dificultades, consigue salir adelante, aprobando en un solo año dos cursos de latín. Con orgullo comenta, en este sentido, la anécdota de que, cuando fue a examinarse a Vitoria, el presidente del tribunal le dijo que sabía más latín que castellano, "pero debes aprender a hablar también esta lengua".

En septiembre de 1906 inicia los estudios de Filosofía en el Seminario Conciliar de Vitoria, donde habría de pasar los siguientes 30 años de su vida, hasta que hubo de abandonar esta población como consecuencia de la guerra civil. En sus primeros tiempos en la capital alavesa, Barandiarán se interesa por la física y la química, pero, sobre todo, por los idiomas. Intentó aprender francés, inglés y alemán. Para llegar a conocer la lengua de Víctor Hugo empleó un método pedagógico que, sin duda, no era el más adecuado: compró *El Telémaco*, de Fenelón, y, con un diccionario en la mano, fue traduciendo lentamente esta obra clásica de la literatura francesa. Al poco de comenzar, sin embargo, cambió de sistema, por lo que ya entonces el progreso fue más rápido. Tras el francés aprendió el alemán —"la pronunciación de este idioma para los vascos es más fácil"— y luego el inglés. En el seminario terminó filosofía, magisterio (en esta especialidad se quedó sin el título porque no tenía dinero para sacarlo) y teología. Precisa-

“
Por mis estudios en el País Vasco me han tratado de político separatista, pero yo no soy separatista. No me meto en esas cosas. Yo no voy a separar nada, lo único que hago es investigar
”

mente cuando cursaba esta última carrera sufrió una crisis de orientación de estudios religiosos, lo que le llevaría a interesarse en profundidad, según señala su sobrino, Luis Barandiarán, en una biografía sobre el antropólogo vasco, por la historia de las religiones y, por tanto, del fenómeno religioso en las diversas culturas y épocas.

Esto le impulsará a viajar a Alemania en 1913 para asistir a un curso sobre Psicología de los pueblos, impartido por el profesor Wundt, en la Universidad de Leipzig, hecho que influiría decisivamente en su vida. "Wundt me dijo entonces que todos los problemas que traía, estudiando a otros pueblos, no los iba a resolver. Si no conoces el ambiente, me comentó, no serás capaz de comprender su cultura religiosa. Tienes que aprender la cultura de tu propio pueblo, que es la única que con más facilidad entenderás, y eso no te costará mucho tiempo, porque estás metido en ella. Haz tus investigaciones en tu propia tierra". Así es como José Miguel de Barandiarán empezó a estudiar la etnología y, posteriormente, arqueología. Y lo hizo, precisamente, en Ataun, en el mismo ambiente en el que se había criado y en el que todavía se pensaba que el vascuence, y todo lo vasco en general, era un estorbo.

Son sus últimos años de seminarista, y en esa época Barandiarán se halla inmerso en una corriente integrista que le llevará a suscribirse a periódicos y revistas de este corte, como *El Pelayo* o *La Nostalgia*, publicación esta en la que llegó a escribir artículos periodísticos. Sin embargo, pronto abandonará esta faceta, exactamente la víspera de su ordenación sacerdotal. "Ese día, el obispo nos reunió a todos los que íbamos a ordenarnos y nos dijo que debíamos ser sacerdotes de todos y para todos, ya que un cura metido en política pierde mucho de su autoridad como representante de los valores religio-

sos. 'Yo no os he hecho sacerdotes de ningún partido, sino de todos'. Eso me convenció totalmente, y desde entonces (aquí hace un breve inciso para recalcar a continuación con especial énfasis) me he alejado de la política. No me fio de la política ni he votado tampoco nunca. Bueno, sí, una vez, y fue en 1979, pero no para elegir a concejales o diputados, no, nada de eso. Sino cuando nos dijeron que teníamos que votar para ver si estábamos conformes o no con el Estatuto de Guernica".

"Acaso", continúa, "haya hecho mal. No lo sé, pero no me gusta la política porque me parece que no es mi papel, así que no he tenido mucha idea. De todos modos, tengo entendido que la política es un modo de actuar humano de muchísima importancia y responsabilidad. Eso ya lo sé, pero no pienso que se trate de una función que deba ejercer. No es mi papel, y creo que tampoco lo es el de los sacerdotes metidos en política, pero, en fin, allá ellos".

A pesar de esta falta de interés por la política en general, a Barandiarán, sus detractores, lo han tratado de político separatista "porque", comenta con la amargura de la incompreensión, "me he dedicado a realizar estudios sobre el País Vasco que antes nadie hacía. Por eso para algunos era separatista, nacionalista, y ahora me imagino que también lo seré, pero yo no soy separatista. No. No me meto en esas cosas. Yo no voy a separar nada, lo único que hago es investigar".

José Miguel de Barandiarán se ordena sacerdote un 19 de diciembre de 1914, y dos años después comienza en Ataun sus primeras investigaciones, localizando en la villa guipuzcoana, a la que no ha dejado de acudir todos los veranos, nueve dólmenes. Esta labor le sirvió para ponerse en contacto con Telesforo de Aranzadi, catedrático de Botánica y Antropología en la Universidad de Barcelona, y quien influiría decisivamente, sobre todo por su rigor científico, en el sacerdote guipuzcoano. Conoce al mismo tiempo a Enrique Eguen, rector de la Universidad de Oviedo, destacado paleontólogo. Estas tres personas, a partir de 1916, en que se produce su primer encuentro —tras el cual llegarán a establecer una estrecha colaboración en el campo de los estudios prehistóricos—, serán conocidas como los *tres tristes trogloditas*. Sin duda, fueron los pioneros en las investigaciones prehistóricas del País Vasco.

Barandiarán, que ha fundado el laboratorio de etnología al amparo de la recién creada Sociedad de Estudios Vascos, comienza a ser reconocido internacionalmente, mientras que aquí, en su país, sus trabajos son objeto de fuertes críticas por parte de determinados sectores conservadores. La situación llega hasta el extremo de que se le prohíbe acudir a la junta de la Sociedad de Estudios Vascos porque se comentaba que era nacionalista. Incluso el rector del seminario de Vitoria le señala claramente que no quiere que en el centro permanezcan los objetos recogidos en sus descubrimientos. No



A juicio del antropólogo vasco, la violencia es uno de los grandes problemas de Euskadi.

obstante, el sacerdote ataundarra no se desanima fácilmente y prosigue con intensidad su labor investigadora, principalmente con Aranzadi, dado que Eguren, como consecuencia de una lesión cardíaca, hubo de dejar pronto estos trabajos. Mientras, el catedrático de Botánica se dedicaba con preferencia a los aspectos relativos a la tecnología y la cultura, Barandiarán se inclinaba más por los referentes a la cultura espiritual, creencias y las formas sociales. El uno complementaba al otro, según Julio Caro Baroja, el discípulo más viejo de José Miguel.

En 1926 Barandiarán es nombrado rector del seminario de Vitoria, y un año después funda las revistas *Idearium* y *Gymnasium*, dedicadas a la investigación sociorreligiosa. El advenimiento de la República y la quema de algunos conventos provocó un cierto nerviosismo en el seminario, lo que origina que durante algunas noches se monten guardias

de vigilancia en el centro diocesano para evitar situaciones similares. Precisamente, y como consecuencia de estas circunstancias, Barandiarán, aprovechando sus conocimientos de física y química, llega a fabricar dos bombas, que si bien no tenían metralla, sí contenían dinamita. "Hice estos artefactos", aclara, "con el único fin de meter un poco de miedo, por si alguien intentaba entrar en el seminario. No tenían otro objeto, y nunca se emplearon".

La proclamación de la II República, según Barandiarán, no significó ningún tipo de trabas en las investigaciones arqueológicas que, desde 1916, venía realizando regularmente. Pero esta labor se cortaría drásticamente con el estallido de la guerra civil. Y, como no podía ser menos, el inicio de la conflagración cogió a Telesforo de Aranzadi y Barandiarán (quien, unos años antes, en reconocimiento a su labor, ha sido nombrado en Londres miembro del Consejo Perma-

nente del Congreso Internacional de Antropología y Etnografía) realizando investigaciones en Deva. A duras penas consiguen llegar a Bilbao, donde, tras 20 años de ininterrumpida colaboración, se separarán definitivamente. Mientras el antropólogo guipuzcoano decide pasar a Francia por mar y regresar después por Irún a Vitoria, Aranzadi marcha a Barcelona con el fin de reunirse con su familia. Lo que José Miguel de Barandiarán pensó, al llegar a San Juan de Luz, que sería cosa de días se convertiría en 17 largos y difíciles años de exilio.

Lo adverso de la situación no desanimó a este guipuzcoano. Después de hacerse cargo de los seminaristas refugiados en Bayona, reemprende sus trabajos, fundamentalmente en el terreno de la etnografía. No iba a continuar, sin embargo, en esta labor durante mucho tiempo, ya que nuevamente el estallido de otro conflicto bélico, en este caso la segunda guerra mundial, va a poner durante algunos meses un paréntesis en sus investigaciones. Después de unos meses de confinamiento en la zona de Normandía, Barandiarán pasará a vivir en la pequeña localidad de Sara, "mi otro hogar", y ya no se moverá de esta población en los siguientes 13 años, excepto para asistir a reuniones internacionales o congresos científicos. En recuerdo a la casa en que vivió tanto tiempo, José Miguel de Barandiarán denominó *Sara* a su caserío de Ataun, que es idéntico, en todos sus detalles —tanto del interior como del exterior—, al hogar del otro lado de los Pirineos donde residió por espacio de 13 años.

Barandiarán recibió en su casa, al poco tiempo de terminar la guerra, una invitación para volver a España con garantías, al tiempo que se le ofrece una cátedra en Madrid. "Inmediatamente fui a hablar con el cónsul de España en Hendaya, que era amigo mío, y éste me dijo que no volviese, ya que suponía que podía haber algo raro. Así que no regresé entonces. Años más tarde me enteré que por aquellos años yo tenía una ficha en la Dirección General de Seguridad en la que se decía que me había marchado a Francia, en 1936, por mis simpatías judeomasónicas-rojoseparatistas". Continuó, pues, residiendo en Francia e investigando en esta zona, donde descubrió numerosos dólmenes y cromlechs. En 1951, el Ministerio de Educación Nacional de Francia le encarga oficialmente la realización del censo de los monumentos megalíticos de los Bajos Pirineos; y en esta labor se encuentra cuando recibe una proposición del rector de la Universidad de Salamanca, Antonio Tovar, para que regrese, hecho éste que ocurrirá durante la presencia de Ruiz-Giménez como ministro de Educación, el 20 de octubre de 1953. Dos semanas después, Barandiarán pronunciará en Salamanca la primera conferencia de la cátedra Larramendi.

Tras los primeros momentos del regreso y del reencuentro con amigos y conocidos, pasó largas temporadas or-/PASA A PÁG. 14

VIENE DE PÁG. 13/denando y siglando los materiales de las excavaciones efectuadas durante la preguerra. Reanudó sus investigaciones, pero, sobre todo, comenzó a formar equipos de jóvenes interesados en arqueología y etnografía, que son los que hoy aseguran la continuidad de sus trabajos, que tantas veces hubo de hacer en solitario. Y con los años llegaron lo que se denomina *privilegio de viejos*: los homenajes. Habrá recibido desde su regreso unos 40.

"Los homenajes", dice, "no me molestan, lo que ocurre es que en ocasiones me suelen meter en líos. Por ese aspecto no me gustan, como no me agradó el que me hicieron en Nanclares de Oca. Un día me vino aquí el alcalde del pueblo diciéndome que habían acordado poner mi nombre a la escuela de la localidad. Yo pensaba que se trataba de una inauguración, pero al llegar allí me di cuenta de que estaba completamente equivocado. Se inauguraba con mi nombre, eso sí, pero lo único que había era un simple cambio de denominación. Pregunté cómo se llamaba antes, y me dijeron Escuela Francisco Franco. Ahora habrá, pues, algún franquista que vaya contra mí. Si yo hubiera sabido eso, no lo habría admitido, porque ¿quién soy yo para sustituir a Franco, al que, por lo visto, no querían mucho? Eso, a mí, no me gustó nada".

José Miguel de Barandiarán, que durante varias horas ha ido desmenuzando, poco a poco, su existencia, recreándose en determinadas anécdotas, contando la precariedad de sus primeras investigaciones, comenta que, pese a dedicarse por entero a la investigación, no por ello se ha olvidado de la vida diaria ni, por supuesto, de los problemas del País Vasco. "La etnografía consiste, precisamente, en eso, en recoger la vida cotidiana de los pueblos donde uno está, de modo que no se puede prescindir de eso, sino todo lo contrario. Tengo que enterarme de qué es la cultura del pueblo, y la cultura es el conjunto de soluciones que el hombre da a los problemas fundamentales que se le plantean". ¿Cuáles son esos problemas fundamentales?, se pregunta. A partir de este momento se lanza a una exhaustiva explicación.

"El primero es cómo vivir, y a eso el pueblo contesta creando una economía, así que tengo que aprender economía. Pero la cultura es más cosas. Otra pregunta es cómo me servirá de la naturaleza que me rodea; pues con la técnica. ¿Cómo lograré que me ayuden mis semejantes? A eso responde el hombre formando una sociedad. ¿Y cómo me entenderé con los demás en esa sociedad? Eso será mediante el lenguaje. ¿Cómo conseguir que las cosas me agraden? La respuesta a este nuevo interrogante es mediante las artes. Y otra pregunta que se hace el hombre es: ¿Y yo mismo qué soy? La contestación a eso se llama humanismo. De modo que el conjunto de la economía, de la técnica, la sociedad, el lenguaje, el arte y el humanismo son soluciones que hemos dado a los problemas que tiene planteados el ser

“
**La etnografía
consiste,
precisamente, en eso,
en recoger la vida
cotidiana de los
pueblos donde uno
está, de modo que no
se puede prescindir de
los problemas diarios,
sino todo lo contrario**
”

humano. Todo esto es la vida cotidiana, así que no hay más remedio que estudiarlo. Pero no sólo hay que conocer lo actual, hay que ver además los antecedentes inmediatos por lo menos, ya que así se conoce el proceso de la cultura. Al contrario, yo no estoy, pues, desligado de la vida diaria, sino muy metido".

Según José Miguel de Barandiarán, en el País Vasco, que conoce extraordinariamente bien, existen muchos problemas, uno de los cuales es el del Estatuto. "Por lo que se ve, hay un tira y afloja entre dos partes: unos quieren llenarlo de contenido y otros vaciarlo aún de lo poco que acaso tiene. Pero el problema es de ellos, ¿que lo resuelvan!", afirma categóricamente.

La violencia es otro de los principales problemas que, en opinión del sacerdote guipuzcoano, periódicamente y de una forma trágica, hacen su aparición en Euskadi, "donde", dice, "la paz hace más falta que en ningún otro sitio, porque es donde falta más". "A mí la violencia no me parece bien", declara. Antes de seguir medita durante unos segundos, y después, con tono pausado, que no oculta la amargura, comenta que "tengo mi código moral porque soy cura, de modo que no me parece bien ninguna violencia. Si yo, conforme a mis conocimientos, sé que no me debo a mí mismo, es decir, que mi existencia no depende totalmente de mí, que he venido aquí sin saberlo, y mis padres igual, eso quiere decir que hay alguien responsable de nuestra existencia. Si yo no soy dueño de mí mismo y no puedo hacer lo que quiero de este mi cuerpo, ¿cómo diablos voy a ser dueño del de otro? ¿Con qué derecho podemos quitarle la vida a ese otro, si la misma vida mía no me la puedo quitar? ¿Cómo voy a tomar bien eso de que estén matando? Yo, desde luego, no puedo aprobar eso, pero tampoco otra clase de violen-

cia. He visto que a muchos jóvenes de aquí, y también de mi familia, los han cogido en una redada y tratado de una manera inhumana, terrible, en las comisarias, para, al cabo de dos días, decirles: 'No hay nada contra usted, váyase a casa'. No me extraña que al salir hayan pensado hacer cualquier cosa. Y creo esto porque la juventud actual no tiene una ideología que le frene. No son cristianos, aunque estén bautizados, porque han abandonado el cristianismo. No me extraña nada que de estas gentes haya salido ETA".

"Yo, lo de ETA me lo explico porque esos son marxistas que no tienen bastante freno ideológico para ir en contra de lo que están haciendo. Si hubieran sido verdaderos cristianos, habrían dicho: 'Si estos señores me han hecho a mí esto, tengo que hacer de manera que estas cosas no existan, pero, naturalmente, no iré a la violencia como ellos la han empleado conmigo, porque así no se arregla nada'".

Para Barandiarán, la situación que vive el País Vasco es cosa de pocos años, "y todo como consecuencia de la pérdida en gran parte de la esencia del cristianismo en una importante cantidad de jóvenes. Además, en las escuelas y en las *ikastolas* los están paganizando a todos". En su opinión, la culpa de esta paganización la tienen, principalmente, los medios de comunicación social, que, en general, según dice, se sitúan a un nivel bajo, animal incluso. "Como hoy los medios de comunicación son muy poderosos, sobre todo la televisión y el cine, hay que ser un héroe para oponerse y no amoldarse a lo que obliga el entorno".

José Miguel de Barandiarán, que ha contribuido más que nadie a perfilar la imagen del hombre vasco, considera, por otra parte, que el País Vasco es un pueblo que tiene características de tal, dado que hay una cultura común y una lengua que sólo se habla aquí. A la pregunta de si existe una raza vasca o ésta tiene caracteres comunes, señala que "diferencias muy grandes con otras no existen, porque, sobre todo, ahora, ha habido mucha mezcla. Sin embargo, un tipo vasco sí existe, aunque, repito, más antes que ahora. El vasco es mesocéfalo, quiere decir que no tiene una cabeza larga ni tampoco muy ancha, y con las sienes un poco abultadas, lo que le obliga, por un huesecito que tiene en el occipital, a tener la cabeza un poquitín inclinada. Los primeros datos que tenemos de este tipo son de hace unos 7.000 años, aunque antes existió otro que era el hombre de Cromagnon, que en el Pirineo evolucionó hacia el tipo vasco". El antropólogo guipuzcoano opina que el culto a una etnia determinada siempre es malo. "Ha sido en España", dice, "donde se ha establecido lo que denominan Día de la Raza. En el País Vasco no ha existido nada de eso. Me ha extrañado muchísimo lo de ese día porque, ¿cómo diablos dicen eso si no hay una raza española? En España lo que ha habido es una diversidad de etnias. ■